

Señor, dice la Biblia, llovió sobre Sodoma y Górra azufre y fuego, de parte del Señor desde el cielo.—Y destruyó estas ciudades, y todo el territorio al contorno, todos los moradores de las ciudades y todo lo verde de la tierra. Gen., capítulo 19, versículos 24 y 25.

Cuando yo desperté de mis reflexiones traté de coger algunas piedras del Mar Muerto para traérmelas á España; metí con tal objeto la mano en sus aguas, donde apenas la tuve ocho ó diez segundos, y al sacarla me la encontré con la epidermis escoriada: deseando probarlas me eché á pechos en su orilla, y me sorprendió tanto su execrable gusto, que llené y lacré una botella, siendo dicha agua la admiración, por su repugnancia y especial sabor, de cuantas personas la han bebido en Madrid. Preguntando á los naturales del país que nos acompañaban, si habían visto alguna vez peces en en el Mar Muerto, me respondieron:

—Que nunca; y que si el Jordan en sus mayores avenidas arrastraba algunos, pronto aparecían muertos en las orillas de dicho mar.

«El padre Livinio dice en su «Guía de Tierra Santa» que ha visto alguna vez cruzar ánades sobre las aguas del Mar Muerto; yo ni en el mar ni en sus alrededores ví nada que diera señales de vida; y los moradores de aquellos campos, á quienes también pregunté sobre este particular, me contestaron:

—Que nunca habían visto si en el mar ni en sus

contornos sér alguno viviente.—Dominado yo por un sentimiento de pavor tendí mi última mirada por aquel fatídico mar, por aquel mar que engendraron el crimen de los hombres y la justicia de Dios.

VII.

Cuando montamos á caballo ya el sol, que había asomado por las crestas de las montañas de Moab, nos abrasaba de vez en cuando con sus rayos, que llegaban á la tierra por los claros que formaban las nubes que aquella mañana flotaban en la atmósfera. Para llegar al Jordan desde el punto en que nos hallábamos, bastaba haber recorrido la orilla Norte del Mar Muerto, y en una hora nos hubiéramos puesto en la embocadura del río; pero nosotros no nos contentábamos con ver el río: queríamos más, queríamos verlo en el punto en que se verificó la escena que santificó sus aguas; queríamos verlo en el mismo lugar en que San Juan, «la voz que clamó en el desierto,» bautizó al Señor de cielos y tierra, bautizó á Cristo. Para esto tuvimos que volver la espalda al Mar Muerto, y caminando dos horas por aquellas llanuras cubiertas de arbustos, á cuya sombra viven los indomables beduinos, llegamos á las orillas del Jordan. Las orillas del Jordan son en extremo pintorescas; quizá estas orillas sean lo único que

conserva la galanura del tiempo en que se nombraba este país «El Paraíso del Señor»: bosques de sauces, de sicomoros y otros copudos árboles crecen en sus márgenes: flores de bellos matices exhalan sus perfumes entre la espesura, y mil pájaros de vistoso plumaje amenizan aquel eden con sus cantos, entre los que descuellan fascinadores los gorjeos del ruiseñor.

Las aguas del Jordan que se deslizan con ímpetu, forman un profundo alveo muy difícil de salvar, y solo hay un trayecto de seis ú ocho metros en que faltan los árboles, y la entrada al rio se presenta asequible y cubierta de cascajo. Allí encontramos varios franceses tendidos sobre la mullida yerba á la sombra de los bosques; alla echamos pié á tierra nosotros tambien, y alla hace alto todo viajero que va á visitar la Tierra Santa; porque aquel punto fué el en que los israelitas, cuando guiados por Josué volvian de la cautividad de Egipto. pasaron el Jordan á pié enjuto, por haberse dividido sus aguas replegándose las unas hácia arriba y precipitándose las otras sobre el Mar Muerto, para perpetuar cuya maravilla tomó Josué doce piedras del fondo del rio; porque aquel fué el punto en que el profeta Elías, teniendo que trasladarse al otro lado del Jordan para ser arrebatado al cielo en carro de fuego, tendió su manto sobre la corriente y por el manto lo cruzó á pié enjuto; porque aquel fué el punto en que David perseguido por su hijo Absalon atravesó el rio con

los suyos; porque aquel fué el punto en que San Cristóbal, ejerciendo la caridad, se dedicaba á pasar en hombros de una á otra orilla á los viajeros, y como cierto dia llevara á un niño, que le pesaba mucho, le preguntó:

—¿En qué consiste que siendo tú tan pequeño me pesas tanto?

Y el niño le respondió:

—En que llevas á quien lleva el mundo. Y sobre todo, porque aquel fué el punto en que se bautizó á Jesucristo. «Entónces vino Jesus de la Galilea á Juan para ser bautizado por él.—Mas Juan se lo estorbaba diciendo:

—¿Yo debo ser bautizado por tí, y tú vienes á mí?

Y respondiendo Jesus, le dijo: Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia: entónces le dijo: Y despues de que Jesus fué bautizado subió luego del agua y he aquí se le abriéron los cielos y vió al espíritu de Dios, que descendia como paloma y que venia sobre él.—Y hé aquí una voz de los cielos [que decia: este es mi hijo amado en quien me he complacido.—San Mateo, Cap. 3. vs. 13 y siguientes.

Santas reflexiones asaltan el espíritu del viajero cristiano que llega á los márgenes del Jordan. La amenidad de aquellos bosques, el perfume de aquellas flores, el canto de aquellos pájaros, todo desaparece ante los profundos recuerdos que brotan de su corriente. Allí permanecemos algo más de

una hora; como todos los peregrinos que allí descansan, cortamos palos para formar bastones, procurando que estos palos fueran de los que el agua besa en su curso; yo me lavé el rostro y la cabeza; llené de agua dos vasijas de lata, que lacré allí mismo; y montando á caballo dimos nuestro adios á tan célebre rio y nos dirigimos hácia las ruinas de Jericó, distantes legua y media del lugar en que nos encontrábamos

VIII.

Entre los muchos objetos de importancia histórica que se ven en este trayecto, como las ruinas del convento de San Juan Bautista, las ruinas del convento de San Erasmo, y otros, llama especialmente la atención un gigantesco árbol, que si mal no recuerdo es «sicomoro ó higuera de Faraon,» porque aquel árbol determina el punto conocido hoy con el nombre de Galgala, antigua Gigala de Josué. Galgala fué el primer campamento que el pueblo de Israel levantó en la tierra de promision al regresar del cautiverio; allí construyó Josué un altar con las doce piedras que habia tomado en el fondo del Jordan, cuyas doce piedras vieron aún, segun un célebre escritor, Santa Paula en el siglo IV, San Arculpho en el siglo VII, é Igumeneo Daniel en el siglo XII. En Galgala cayó por última vez el maná con que Dios sustentaba al pueblo

de Israel; desde Galgala dirigió Josué todas las batallas contra los cananeos, y allí, en el ameno recinto señalado por aquel árbol, se verificaron otros acontecimientos bíblicos de suma trascendencia todos.

Media hora despues llegamos á las ruinas de Jericó; mi alma se cubrió de luto al contempar aquel lugar..... ¿Qué queda ya de aquella almenada poblacion, princesa por su gallardía de los campos que riega el Jordan? ¿Donde está «la ciudad de las palmeras, el jardin real,» como la llamaban con orgullo los cananeos? ¿Todo concluyó! Todo fué victima del tiempo ó de la justicia divina; hasta la «rosa de Jericó» cantada en los salmos bíblicos, huyó de aquellos contornos, y no se la encuentra sino á bastante distancia de allí. ¿Qué existe hoy en Jericó? Montones de estiércol, espinosos árboles y un grupo de chozas que apénas se levanta del cieno que las rodea, en cuyas chozas habitan unos trescientos beduinos de aspecto sucio y feroz. Jericó nombrada entre los árabes Rihha, primera ciudad que Josué tomó á los cananeos, demolida varias veces, reedificada otras tantas, y otras tantas destruida, fué al fin convertida en polvo por Ibrain Pachá en el año 1840. Desde entónces es albergue de beduinos, que en vano tratan de mantener en orden cuatro ó seis guardias civiles del Sultan, llamados Bachibuzuks, que habitan en las ruinas inmediatas de su castillo. Todo es allí ruinas, todo es allí escombros; allí no queda ya sino recuer-

dos..... tristes recuerdos de un tiempo que pasó!

IX.

A la una en punto de la tarde, despues de haber comido en la Locanda de Jan-á-Jabas, y despues de recibir una cariñosísima despedida del mismo Jan-á-Jabas, rompimos la marcha á caballo hácla Jerusalem. Hacia calor; pero como no soplabla el kausin, y como alguna que otra nube surcaba de vez en cuando la atmósfera, nos parecia una tarde templada. A las cuatro y media llegamos á la "cueva de la parábola del prójimo," donde descansamos algunos minutos; á las seis llegamos á la "fuente de los Apóstoles," donde, como el dia anterior, nos apeamos y bebimos agua, con cuidado de no tragarnos alguna de las muchas sanguijuelas que en ella se crian. Poco despues se ofreció á nuestra vista un panorama delicioso; entre las vagas sombras del crepúsculo se alzaba frente á nosotros un monte más elevado que los demás, detrás de cuyo monte acababa de ponerse el sol; era el monte Olivete, cuyos seculares olivos formaban con el confin de sus copas caprichoso encaje en un horizonte de oro y de fuego. No tardamos mucho en tomar la cumbre de este monte: pronto nos encontramos á la altura de Bethania; mas abandonando Francisco Morcos la direccion

de este pueblo, que tanto anhelaba yo visitar, torció la caravana á la izquierda unos trescientos pasos, y todos echamos pié á tierra en medio de una verde pradera en la cual se ve incrustada en el suelo una piedra azulada, que contará un metro de diámetro poco más ó ménos, y que sobresale del suelo medio metro. Aquella piedra se llama "la piedra del coloquio," porque dicen que en ella se encontraba sentado Jesucristo cuando se le acercó Marta y le dijo:

"Señor, si hubierais estado aquí no se hubiera muerto mi hermano." Jesus se levantó de la piedra y se dirigió á Bethania.

Tambien nosotros nos dirigimos á Bethania, quizá por el mismo sendero que llevaron Marta y Cristo, y cuando llegamos á ese pequeño pueblo habia ya oscurecido. Bethania es hoy una aldea de trescientos habitantes, todos musulmanes, menos dos ó tres europeos que allí pasan largas temporadas. En una de las calles del Norte se abre una pequeña puerta que conduce al sepulcro de Lázaro. Tan luego como los naturales de aquella aldea nos vieron aproximarnos, acudieron con velas encendidas, suplicándonos á gritos cada cual que tomáramos la suya, debiendo advertir que aunque sea medio dia cuando se visita este sepulcro se necesita luz artificial. Francisco Morcos se encargó de alquilar las velas necesarias. Entramos por aquella pequeña puerta, y despues de bajar una peligrosa escalera compuesta de veintisiete

peldaños, de pasar un pasillo por donde hay que ir casi á gatas, y de bajar cuatro peldaños más, penetramos en el sepulcro de Lázaro. En tiempo en que Jesucristo se entraba á este sepulcro por el pasillo, y solo habia que bajar los cuatro últimos peldaños; pero como los musulmanes construyeron en la puerta una mezquita, que imposibilita la entrada, los cristianos, los padres de Tierra Santa, tuvieron que abrir y abrieron en el año 1337 los veintisiete primeros peldaños para no privarse de visitar aquel santo monumento. El sepulcro de Lázaro, como todos los sepulcros orientales de aquella época, se compone de dos cavernas cuadrangulares, de tres metros de largo por otros tres de ancho cada una, abiertas las dos en la roca, si bien revestidas de mampostería por los Cruzados, porque la piedra es blanda y necesitaban darle consistencia para edificar encima un templo, del que ya nada se conserva. En el sepulcro de Lázaro no existe banqueta para colocar el cadáver; no sabemos si nunca existió, ó si como era piedra blanda, desapareció víctima del tiempo ó de los peregrinos, que se la fueron llevando poco á poco. Una de las dos criptas es en la que se paró Jesucristo, y dijo en alta voz: «Lazare, veni foras..... Lázaro, sal fuera.» Y la otra donde Lázaro yacía sepultado, y de la que salió con las manos y los piés atados y el rostro cubierto con un sudario. ¿Qué extraño es que, como dice el evangelista S. Juan, muchos judíos que habian ido á visitar á

María y á Marta, al ver lo que Jesus hizo creyeran en él?

Montados de nuevo á caballo atravesamos el pueblo, pasando junto á las ruinas de la casa de María, de Marta y de Lázaro, sobre cuyas ruinas un magnate ruso está erigiendo una gran casa. Luego principiamos á bajar del monte Olivete por la ladera occidental, vimos el punto en que estuvo la higuera que maldijo Cristo, cruzamos el valle de Josaphat, dejamos á la derecha el huerto de Gethsemani, salvamos el torrente Cedron, y por la puerta de San Estéban entramos en Jerusalem.

MI REGRESO A MADRID.

Jueves 15 de Marzo.

Despedidas.—Mi salida de Jerusalem.—Ramma.—Jaffa.—La tempestad.—Un naufragio.—Mi embarque.—Mi llegada á Europa.—Mi entrada en España.—Mi entrada en mi pueblo.—Mi entrada en Madrid.

I.

Empleé el día 14 en despedirme del patriarca, del vicecónsul, del médico Carpani, de los frailes españoles, del custodio; en una palabra, de todas